

Hospital Municipal Infante Juvenil

“Dra. Carolina Tobar García”

Ciclo de Ateneos 2004

“El niño turbulento.

Parafraseando a Henri Wallon”

Sector de Psicomotricidad

Departamento de Rehabilitación

Autor: P s m . C e l i n a E . M a r i n i

noviembre de 2004

El niño turbulento. Parafraseando a Henri Wallon

Comentando el título y situando a la Psicomotricidad

Este filósofo, médico, psicólogo, maestro, Henri Wallon, que observó y estudió la paradigmática relación de **mutua determinación** que se establece entre la emoción, la representación y el tono muscular, llamó así, *El niño turbulento* (1925) a uno de sus primeros libros.

Allí describía características observadas en algunos niños que después, Julián de Ajuriaguerra, basándose en el bosquejo walloniano, encuadraría en uno de los trastornos psicomotores, la *inestabilidad psicomotriz*, en su modalidad de hipermovimiento.

Escribió Wallon en 1925: “*El movimiento es, ante todo, la única expresión y el primer instrumento del psiquismo*”

Esta relación de mutua determinación, de **determinismo dialéctico**, de **acción recíproca** ha roto con el anterior determinismo (mecanicista) otorgado: a lo motor sobre lo afectivo, o a lo neurológico sobre lo psíquico, o a lo psíquico sobre lo orgánico.

De esto resultará que, en la medida en que intervenimos sobre el tono, intervenimos también sobre la vehiculización de la afectividad y que la fluctuación tónica permitirá la circulación de la emoción y la expresión.

La propuesta de trabajo en psicomotricidad parte de la espontaneidad del discurso ¹ del paciente.

En este caso el discurso estaría encuadrado en las producciones que este niño “muestra” al psicomotricista, esta muestra es su “hacer”, su movimiento, sus posturas, sus palabras, sus gestos, su accionar, su juego..., sus producciones.

Se parte de la vivencia actual del niño, de su actividad espontánea, de sus ganas, de lo que puede expresar con placer o sufrimiento.

Desde allí es que tomamos el juego y particularmente *el juego corporal* (intervención esencial del psicomotricista) para el trabajo con la conflictiva del niño.

Desde allí es también que cuando el juego no aparece, iremos significando su hacer como un hacer lúdico, iremos otorgando sentido, valor comunicacional al despliegue, a veces sumamente desorganizado, que nos expone el niño, que nos da a ver, que pone frente al otro para ser mirado, sostenido, acompañado.

Intentamos crear, ofrecer, un espacio transicional donde la conflictiva encuentre un espacio y un tiempo pero fundamentalmente “un otro” desde donde ser abordada, desde donde tono, emoción y el *diálogo tónico* entre terapeuta y paciente sirvan de instrumento a una posible elaboración de las dificultades.

Trabajamos en la **construcción del cuerpo**. **Cuerpo** como diferente de organismo.

¹ Del latín “acción de correr de una lado al otro, idas y venidas”. Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española. Fondo de Cultura Económica, México. 1995

Cuerpo como construcción, cuerpo determinado por la historia, como caja de resonancia y resignificación de las experiencias vividas, como lugar del saber de lo hasta ahora vivido, de lo culturalmente aprendido, del legado de lo familiar y lo socialmente impreso.

Cuerpo como “...vector semántico por medio del cual se construye la evidencia de la relación con el mundo: actividades perceptivas, pero también la expresión de los sentimientos, las convenciones de los ritos de interacción, gestuales y expresivos, la puesta en escena de la apariencia, (...) la relación con el sufrimiento y el dolor (...).”²

Leandro se presenta como un caos...

Dice el escritor Saramago que el caos es un orden por conocer o descubrir, será ésta una parte del desafío que tenemos todos los profesionales al tomarlo como paciente.

Leandro da a ver su caos en el movimiento que produce, en su relación con el espacio y el tiempo, en su contacto con el otro, como un llamado a ser contenido, a encontrar las fronteras de su cuerpo, los límites que le proporcionen el encuentro con los límites del otro, de los objetos, del mundo... para poder diferenciarse y desde allí entrar en relación.

“...los primeros gestos³ útiles para el niño, no son los que le permitirán apropiarse de los objetos del mundo exterior, sino gestos para llamar la atención de las personas, son gestos de expresión” (Wallon, 1952)

Sus movimientos son constantes, caricaturescos, flexiona exageradamente las piernas, mueve los brazos, gira sus manos, sus pies parecieran apoyarse en el piso sólo por milagro, se cae frecuentemente, no hay registro de escalones, escaleras, subidas o bajadas, irregularidades espaciales.

Pareciera que el espacio a su accionar se le aparece como una gran planicie que no tiene accidentes, llanura toda igual....

Tampoco da muestras de dolor cuando se cae o lastima, sus brazos y piernas muestran huellas de innumerables raspones, frente a la caída no aparecen reacciones de defensa ni amortiguación del golpe.

Se contorsiona, en su caminar, a veces, eleva sus rodillas hasta el pecho.

Cuando se lo suelta de la mano en los espacios abiertos sale como “disparado”.

Lo primero que despierta es una sensación de “atajarlo”, de agarrarlo para que no se caiga, para que pare...

¿Cuál es el orden a descifrar en este caos?

¿Cómo atravesar la ansiedad y el propio caos que se ponen en juego en el adulto frente a tanta aparente desorganización?

Su postura se desarma permanentemente, no puede sostenerla, la cabeza gacha, las manos en la boca...

Hablamos de cuerpo en construcción.

² Le Breton, David. “La sociología del cuerpo”. Nueva Visión. 2002

³ Movimiento de la cara o de las manos. Del latín “movimiento de las manos; actitud del cuerpo al moverse, porte, postura. Traer, llevar, transportar; hacer, ejecutar, administrar, apreciar, estimar, tener amistad por”. Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española. Fondo de Cultura Económica. México. 1995

Cuerpo prendido a su historia y a sus determinantes socio culturales, diferente al equipo neurofisiológico o anatómofisiológico que es el organismo.

Cuerpo que aprende y aprehende, que se equivoca, que se manifiesta a través de sus producciones.

Cuerpo en relación, “*en y para la relación con un otro*” (Leticia González, 1984)⁴, cuerpo que “... *no es nada sin el cuerpo del otro, cómplice de su existencia*” (J. De Ajuriaguerra).

Trabajaremos teniendo en cuenta el tono muscular, su fluctuación, su función postural, su función como preparación del gesto, su función como sostén de la postura que devendrá en actitud. Y sobre el tono como comunicación, el tono como vehiculización de la emoción, como lugar de los intercambios interpersonales.

Así entendido, sobre el cuerpo y el tono, los psicomotricistas hacemos nuestra intervención, hacia ellos dirigimos nuestra mirada y lectura.

La forma de abordaje es el juego corporal, el cuerpo del paciente y el del terapeuta puestos en juego en la relación.

La disponibilidad del adulto en situar su cuerpo en función de lo que aparezca como necesidad del paciente.

Disponibilidad para el hacer pero también para decir **no**, límite necesario que garantice la individuación en relación al cuerpo del otro.

Dice De Ajuriaguerra (1970) que el trastorno psicomotor se presenta como caricaturesco, no respondiendo a una lesión central como los síndromes neurológicos clásicos y que van unidos a los afectos pero también con lo somático para fluir a través de una conducta final común.

Leandro es un niño para ser mirado, es difícil pasar a su lado sin advertir lo caricaturesco de sus movimientos, el despliegue estereotipado de sus gestos, el lábil sostén de su postura.

Su accionar hace un llamado a la mirada del otro, “*violenta los límites de lo esperado*”, llama la atención en el exceso, en la sobreabundancia del movimiento y de la gestualidad (Daniel Calmels, 2003).

Esto nos llevó a pensar en el título de este trabajo como “**El niño turbulento**”, ya que esta grandilocuencia en el movimiento y en la acción no parecerían tener un fin comunicacional claro y tampoco apuntaría a un objetivo preciso de realización, tal vez el desafío consiste en encontrar, justamente, qué nos está diciendo Leandro y cuál es el objetivo de semejante despliegue

Leandro en la historia (referida por su madre)

Es un niño de 8 años, sus papás se separaron durante el embarazo pero desde que él tiene un año viven juntos además de sus hermanos, dos mayores que él y una hermana melliza.

El embarazo y parto se produjeron dentro de parámetros normales.

⁴ González, Leticia. “*La constructividad corporal.*”. Artículo. Bs. As., 1987

A los seis meses se dieron cuenta de que algo le sucedía, pensaron que no veía porque no fijaba la mirada en las personas y lo comparaban con su hermana melliza.

Las pautas de su desarrollo psicomotor fueron de adquisición tardía, el sostén cefálico se dio alrededor de los seis meses, recién al año se sentó solo y caminó a los dos años y medio.

Permanecía sentado todo el tiempo y se hamacaba, sólo jugaba con sus manos, no se interesaba por los juguetes.

Al año, además de no mirar los objetos, sus padres registran que cierra los puños con fuerza y se pone “muy duro”, esto sucede también cuando lo levantan a upa.

Estos comentarios de su madre pueden remitirnos a pensar en:

- cómo el *diálogo tónico corporal* fue armándose en esta historia de crianza,
- cómo fueron decodificadas y satisfechas sus necesidades,
- cómo fueron atendidos sus tiempos de demanda y de espera,
- cuánto demandó la satisfacción de sus llamados.

Frente a la consulta les dicen que tiene un retraso madurativo.

De bebé no lloraba, había que despertarlo para que comiera, tomó pecho hasta los seis meses.

Dice su mamá que sus hermanos están muy celosos de él pero que su hermana más grande hace de segunda mamá, le canta, le baila, le hace cosquillas.

También nos dice que es muy inquieto, se trepa y corre por todos lados, que es muy activo en general.

Tiene berrinches, caprichos, se tira al piso, se muerde la mano y a veces muerde a otras personas, a veces se pega. Le ponen límites gritando, “a veces el papá le da un chirlo.”

En la actualidad come con ayuda, le cargan la cuchara y él se la lleva a la boca.

“No controla esfínteres, no habla, sólo dice **mamá / papá** o pide leche, a veces repite algunas palabras”.

Come tierra y barro, “**no sabe esperar**”, no tiene noción de riesgo.

A los cuatro años les dijeron que tenía un Trastorno Generalizado del Desarrollo, hizo tres años de tratamiento en Casa Cuna; por lo recabado en sus exámenes **no presenta patología neurológica**.

Fue derivado a Psicomotricidad como uno de los primeros espacios. También concurre actualmente a Tratamiento individual, a Terapia Ocupacional, a Musicoterapia; Servicio Social trabaja con él y su familia y concurre a Acompañamiento Terapéutico.

Se incluye en el Sector de Psicomotricidad hace aproximadamente un año.

Leandro en la relación con los otros

Se comunica por medio de balbuceos y gritos, pero a veces pareciera reconocer cuando se lo nombra y dirige su mirada hacia quien lo llama, tal vez esto tenga que ver con el timbre de la voz que lo convoca.

Pero también corporalmente, tiende su mano y apresa la del otro para indicar lo que quiere, para pedir.

Explora y deambula por el espacio.

No tolera tiempos de espera, comienza a llorar y a realizar movimientos aparentemente descontrolados.

Esta es su llamada al otro, su llamada a la urgencia, choca con su cabeza sobre el otro como un posible modo para que se atienda su pedido.

En Psicomotricidad

Leandro en el cuerpo

A la primera sesión llega muy tarde.

Se lo observa plagado de movimientos estereotipados, se contorsiona, se mueve por todos lados, tironea, tira todo lo que encuentra a su paso.

Aparecen importantes paratonías a nivel de sus miembros inferiores.

Se lo ve como totalmente desorganizado, con un movimiento continuo que, aparentemente, no tiene dirección ni objeto.

Su postura es encorvada, cerrada sobre sí mismo.

Sus manos gesticulan estereotipadamente.

Se tira sobre una silla (que tiene rueditas) y empieza a rodar con ella. Me mira, se sonríe y continúa rodando chocándose con las paredes.

En las sucesivas sesiones este objeto, silla, servirá para ir estableciendo un vínculo.

Cuando entra al consultorio busca la silla rápidamente, ya no tira todo como al principio, pareciera haber cierta intención en seguir jugando con la silla.

Lo ayudo a acomodarse en ella y lo transporto de un lado al otro del espacio, a cierta velocidad, deteniéndome justo antes de chocar contra las paredes.

Se empieza a establecer cierta secuencia, cierto ritmo.

Corremos (con la silla), nos detenemos frente a la pared, surgen “aplausos” y expresiones de alegría y le digo: “Ahora vamos a correr de nuevo”.

Pareciera que Leandro puede empezar a esperar que el movimiento se retome.

Volvemos a correr y detenernos.

Cabe destacar que habitualmente llega tarde a sus sesiones, y, particularmente un día, viene muy enojado, llorando y absolutamente desorganizado.

La mamá refiere que a él no le gusta llegar tarde, que “se pone muy nervioso cuando sabe que están llegando tarde”.

Retoma en marzo después de las vacaciones.

Su desorganización y movimiento están como exacerbados, vuelve a tirar todo lo que está al alcance de sus manos cuando ingresa al consultorio, intento retomar el juego de las sillas pero también esto lo mantiene por brevísimos instantes.

Cuando lo sujeto y le armo la postura, sosteniéndolo con mis manos, él puede elevar la mirada y tranquilamente observar y detenerse en lo que está pasando a su alrededor.

Cuando dejo de tomarlo puede salir de la situación bastante armado, recorre el espacio pero ante algo que le ofrece resistencia, que no puede lograr se desarma nuevamente y empieza a contorsionarse.

Lo tomo desde atrás, apoyo su espalda en mis piernas y apoyo mis manos en su pecho y en su espalda, siempre intentado armar fronteras y límites a su corporeidad.

Las diversas escaleras que tenemos que recorrer desde el hall de Hospital de Día (donde lo voy a buscar) hasta Psicomotricidad van apareciendo como obstáculos muy difíciles de sortear sin lastimaduras ni golpes.

Habitualmente baja de a 2 ó 3 escalones juntos y se cae, a veces se lastima pero continúa como si nada hubiese pasado, pareciera como si se retorciera sobre sí mismo.

Leandro en el espacio, en el tiempo y los objetos

Esta vez llegaron temprano y tuvo que esperar.

Lo veo sumamente inquieto, dice su madre “no le gusta esperar”.

Intento armarle una especie de “ortopedia” con mi propio cuerpo para que baje las escaleras. De frente a él, con mis manos hago fuerza sobre las suyas, palma con palma, intentando brindarle un soporte, un límite, una frontera espacio – corporal que le ayude frente al vacío que supone la bajada y es allí donde puede encontrar el eje de su propio cuerpo, erguirse, observar los alrededores, me mira y se sonríe.

Para subir, cuando vamos al consultorio, hago con mi cuerpo una especie de “corralito”, de “andador” a su alrededor. Desde atrás lo rodeo cubriendo su espalda y los costados con mis brazos, sin tocarlo pero a muy corta distancia, estoy muy cerca pero sin contacto.

Y él dispone su cuerpo como puede, el eje curvado, las piernas en excesiva flexión, brazos y manos moviéndose constantemente, sin poder casi equilibrarse y sostenerse, pero termina subiendo sin caerse, ligero pero no excesivamente rápido.

Al ingresar al consultorio toma mi mano y empieza a recorrerlo por sus paredes, va tranquilo, como paseando, mirando a los costados, casi viéndolo como por primera vez, cuando llega a las esquinas me mira, se ríe, suelta mi mano y vuelve a tomarla. Se da vuelta, me toma la otra mano y camina sobre sus mismos pasos. Observa todo, es como si estuviese descubriendo el espacio por primera vez.

Se acerca a la silla, lo subo a ella, y lo empiezo a mover lentamente. Lo hago girar sobre sí mismo, se sonríe, emite sonidos, casi como carcajadas. Dispone todo su cuerpo al movimiento de la silla.

En otras sesiones retomo el juego de la silla y ahora nos detenemos frente al espejo, se mira y se ríe.

En determinado momento ato una soga a la silla, lo subo y lo acomodo y empiezo a arrastrarlo desde la soga.

Detengo.

Se enoja, se baja y se me acerca, me toma del brazo y me lleva hasta la silla.

Le digo: “¿querés jugar?”

Se sube y repetimos la actividad, se ríe mucho.

El juego de la silla pareciera bajarle el tono muscular, pareciera permitirle habitar en su cuerpo un poco más fluidamente.

Puede bajarse, volver a recorrer el espacio de la mano del adulto. Su mano libre se contorsiona en gestos estereotipados, en movimiento constante, se la lleva a la boca, aparece una descarga tónica permanente.

Su mirada, por momentos, está perdida y por momentos sus ojos vivaces parecieran buscar un contacto con el afuera, relacionarse con el otro.

Pasa por encima de todo lo que está en el piso tropezando, no acomoda la postura a los obstáculos que puede ofrecerle el espacio físico.

De repente se acerca solo al espejo y pareciera “secretarse” con su propia imagen, se mira, gesticula, mueve los labios.

Se apoya sobre mi cuerpo y se queda más flojo, su cuerpo sostenido por el cuerpo del otro, desde esta postura se mira en el espejo, mira el entorno, sonríe, vuelve a mirarse.

Puede quedarse por varios minutos en esta situación.

Tal vez algo de su cuerpo se va armando en este contacto, la presencia del otro y su sostén, le van armando cierta posibilidad de encontrar su propia forma y su propia frontera.

En otra sesión, cuando quedamos frente al espejo se sonríe, cruzamos miradas en el reflejo.

Empiezo a mover mis manos y él va siguiendo con la suya el recorrido de las mías en el espejo.

El suyo es un movimiento que no da pausas, no puede fluir un poco más armónicamente porque no tiene ritmo, no hay espera, no hay detención, no hay fluidez tónica, no hay preparación para ..., no puede llegar a construir una actitud.

La actitud no aparece ya que siempre vive en acto, es un niño turbulento, un torbellino....

En una oportunidad, cuando se detiene frente a la silla la que se sube a la silla soy yo. Me intenta sacar, forcejea, como no puede tira todo lo que encuentra, se enoja...

Parecieran hacerse más presentes sus intenciones, sus ganas...., sus objetivos..., la propia construcción de su cuerpo frente a determinadas actitudes del otro.

Llega y tira todo, tira los aros, se divierte arrojando los aros en cualquier dirección, que se mueven casi con tanta turbulencia como él, se divierte, se ríe mucho...

Se ríe por los ruidos que ocasionan los aros contra los muebles y las paredes, emite gritos, descarga su tensión

Cuando ordeno los aros espera que termine y los vuelve a tirar, se ríe, y repite esta secuencia: espera que ordene y los vuelve a tirar.

Esta vez el despliegue pareciera tener cierta intencionalidad, un rasgo lúdico y una continuidad van apareciendo en esta secuencia con estos objetos, con este espacio, con este tiempo y conmigo.

Le preparo la hamaca paraguaya.

Entra, la ve, se acerca, le propongo subirse, pareciera que le da miedo.

Lo sostengo, lo ayudo a subirse.

Se acomoda, se mueve mucho pero cuando empiezo a balancearlo aparece en su rostro una amplia sonrisa, gesticula mucho, aparece una mirada que interpreto como “pícaro”.

Bate las manos pero luego se tranquiliza y sonríe.

Se mueve tanto que se cae sobre la colchoneta, pide subir de nuevo, lo ayudo, pero ahora se tira a propósito.

Disfruta de subirse, intentando hacerlo solo y repite la situación de la caída.

Va probando, acomodándose. Le canto y se tranquiliza absolutamente. Suelta su cuerpo, está relajado.

Intento producir pausas en él, para posibilitar cierto fluir tónico, es necesario “pausar” para poder armar otra cuestión, instalar algún compás de espera.

Se queda relajado en la hamaca (¿ella también le da fronteras a su corporeidad?), emite sonidos parecidos a palabras “lindo” (yo le digo: “qué lindo !!”), canturrea tá ... tá ... tá ...

En la hamaca empieza a mirarse los pies, a mirarse las manos, las mueve lento y las mira moverse.

Las mira moverse y se palmotea las piernas, las mira, fija su atención. Arma cierto ritmo, ciertas pausas entre lo que palmotea y mira.

En otro momento se sube a la bicicleta fija, no la usa, pero desde allí me tira los brazos como pidiendo “upa”.

Lo alzo. Queda su cara frente a la mía, me mira, se sonríe, toca mis hombros alternativamente, como probando la textura de mi remera, me vuelve a mirar, vuelve a pasar sus manos, alternativamente, por mis hombros, se sonríe y con un movimiento pide bajarse.

Al salir del consultorio puede bajar y subir la escalera dándose un poco más de tiempo para ir armando los movimientos necesarios.

Dice Le Breton ⁵ que “el cuerpo es el espacio y tiempo de la existencia”. A Leandro se le ha estado intentando modificar el espacio y tiempo, tratando de que él pudiese armar una existencia diferente.

Modificar las condiciones del espacio, instalar las pausas, darle un sentido al gesto, armar un ritmo en el accionar con los objetos y en el movimiento para que pueda darse una forma diferente de vivirse en su cuerpo.

Leandro en la construcción del cuerpo, en la construcción de sí

Octubre 2004.

⁵ Op. cit.

Llega alteradísimo, se enrosca sobre sí mismo, se cae, se mueve sin parar, casi no podemos bajar la escalera, palmorea y cambia de dirección en el medio de la escalera.

En el consultorio nuevamente se arroja sobre la silla y me toma la mano par que lo traslade, se va calmando ...

Hace un sonido como de “n”, nasal, como si fuera un lamento, o un acunamiento, monocorde, siempre igual, y se va calmando ...

Paro la silla y lo siento a upa mío, le voy palmeando los brazos, las piernas, le nombro las partes de su cuerpo.

Se tranquiliza mucho, mucho.

Me toma de la mano y me lleva a la puerta de salida.

Ya fuera me pongo frente a él en la escalera y apoyo mis palmas en las suyas.

Me mira, se sonríe y empieza a bajar escalón por escalón, el eje de su cuerpo está bastante derecho.

Puede mirarme y mirar el entorno. Al final de la escalera me toma de la mano y podemos seguir caminando tranquilos hasta el hall al encuentro de sus padres.

Dice Elsa Coriat que estos niños (psicosis y autismo) están en los “*tiempos de su construcción*”⁶, donde está “todo por hacer”, donde nuestra tarea estará orientada a sostener aquellas apariciones lúdicas y relacionales que él *todavía* no está en condiciones de sostener por sí mismo.

Esta construcción hace referencia al sujeto y también a la construcción de la corporeidad, cuerpo que se encuentra con los otros y que se relaciona con el mundo.

Creemos que realmente Leandro se encuentra en los tiempos de su construcción, donde algo de su caos empieza a tomar forma para el afuera.

Empiezan a hacerse más explícitas sus ganas, sus gestos, sus intenciones.

Cuentan sus padres en una entrevista reciente que está eligiendo lo que quiere comer y lo que nó, que está más conectado con sus tareas escolares, que cuando viajan lo notan manejarse mejor con su cuerpo, que puede esperar, que produce mayor cantidad de balbuceos que ellos entienden como una manifestación de sus inquietudes.

A modo de conclusión el lugar de la interdisciplina

El dispositivo de Hospital de Día es un ámbito privilegiado en sus posibilidades de multi e interdisciplina

Este dispositivo se le presentó a Leandro y a su familia como un lugar de contención y organización, como una red en la que sostenerse para empezar a armar y construir.

⁶ Citada por Norma Filidoro en “*Psicopedagogía: conceptos y problemas*”. Editorial Bilos. Bs. As., 2002

Se lo pudo ir incluyendo de a poco en los diferentes tratamientos, imprimiéndole cierto ritmo y cierta secuencia que a veces, todavía, se les dificulta tomar (ausencias, llegadas tarde).

A través de quienes lo fueron atendiendo hay algo que el hospital pudo asir de su llamado al mundo, de su necesidad de ser decodificado.

Sabemos que sus posibles logros tienen que ver con acciones multidimensionales e interdisciplinarias en las que los diferentes profesionales próximos a él han ido formando parte de una trama que lo va sosteniendo en su devenir.

Leandro dentro del Hospital de Día pudo ir encontrándose con diferentes disciplinas pero, fundamentalmente con diferentes personas que le ofrecieron “vínculos estimulantes” (Daniel Calmels).

Estimulantes en cuanto a habilitarlo en un espacio – tiempo que le brinda cierta organización, cierta pausa, que lo van incluyendo en algún orden posible, en alguna continuidad donde sus acciones tengan una intención y un valor para el otro, donde su exceso y su imprevisibilidad de acción puedan ir tomando forma de *posturas* que sean **preparación para...**, que sean **dirección hacia...**, y que tal vez, finalmente, se traduzcan en *gestos* y *actitudes*.

Psm. Celina E. Marini

Sector de Psicomotricidad

Departamento de Rehabilitación

Hospital Infanto Juvenil “Dra. Carolina Tobar García”

Noviembre, 2004

Bibliografía

- Calmels, Daniel.** *“Del Sostén a la transgresión”*. Ediciones Novedades Educativas. Bs. As, 2001.
“¿Qué es la Psicomotricidad?”. Lumen. Bs. As., 2003
- De Ajuriaguerra, Julián.** *“Ontogénesis de las posturas. Yo y el otro”*. CITAP, número 45. Madrid, España.
“Manual de Psiquiatría infantil”. Editorial Toray – Masson. España, 1979
- Le Breton, David.** *“La Sociología del cuerpo”*. Ediciones Nueva Visión. Bs. As., 2002
- Wallon, Henri.** Citado por diversos autores en *“Introducción a Wallon. Wallon y la Psicomotricidad”*. Editorial Médica y Técnica. Barcelona, 1981